

Adicciones análogas (1)

David Laguna



Capítulo 1

Adicciones análogas.

Me sentía una rata de laboratorio, estaba exhausto. Dos veces al día entre tubos, mangueras y jeringas, era sometido a diario para rehabilitarme de mi adicción a la heroína. A primera hora de la mañana, desayunábamos con puré de papas, los pancakes tenían un sabor acartonado y un café con grumos de cafeína. Ni hablar a la hora del almuerzo un pollo rancio, que destilaba grasa, haciendo un charco de colesterol en mi plato. Cuando llegaba la cena me hacía el dormido, para no bajar a ese estúpido comedor; Bastante tenía con ver la cara de un millar de zombies encorvados sin esperanza que rondaban por los pasillos. Nunca variaba el menú. Que tortuosos eran los días allí. Era una prisión para mí.

Transcurría el tiempo sin novedad, permanecía tendido en una camilla, dando vueltas y vueltas. No me gustaba socializar; me aferraba a una vieja y pesada maleta con una infinidad de discos y un Discman. En un descuido se los robé a un imbécil, hacía unos días. Por cierto, a pesar de parecer un energúmeno y rufián, tiene buen gusto musical, entre su colección rondaban carátulas de bandas tales como: Transformer de Lou Reed Stickfingers de los Rollingstones a discografía completa de los Ramones. Todos lo llamaban Dilts.

Al cabo de unas horas mientras almorzábamos, se trepó como un primate en la mesa. A grito herido lanzaba amenazas por doquier:

—Pobre de aquél que se halla robado mi Discman y mi maleta llena de discos. De una vez les advierto, en cuanto sepa quién fue, su madre lo tendrá que venir a recoger entre sábanas blancas.

Tengo que admitir que por un instante me asusté, no era para menos, el muy idiota llevaba bastante tiempo recluso allí. Lideraba una especie de pandilla, ¿Irónico, no?. En los centros de rehabilitación también existen las pandillas. Pese a ello no dejé de observar su cara de simio, ni yo entiendo por qué lo compare tantas veces con ese pobre animal. Con mucho esfuerzo logré esconder la sonrisa en mi rostro y seguí comiendo el mismo pollo rancio, que destilaba grasa haciendo un charco de colesterol en mi plato.

Después de finalizar ese manjar de comida repetida, me dirigí a mi cuarto. Al llegar allí cerré la puerta.

Me tendí como un perro en la tiesa camilla y coloqué los auriculares ajustándolos lo más cerca posible de mis tímpanos. Desde ese momento entendí por qué tanta era la ira de Dilts. Empecé escuchando Heroin de Lou Reed.

Poco a poco iba desmenuzando palabra por palabra, desembuchando esos versos anglosajones, difíciles de pronunciar: while that heroin is in my blood And the blood is in my head Thank God I'm good as dead Thank God I'm not aware Thank God I just don't care And I guess I just don't know And I guess that I just don't" Terminé embarcándome en la memorabilia, respirando el sonido de las notas infinitas, alcanzando el éxtasis de volar por un momento a la intemperie, viendo desde lo más

alto a la realidad y, similar a una aguja, penetraba mis poros, purificando mis venas con melodías y compases. Era el mismo efecto sublime de la heroína, era la música.

La mañana siguiente, la enfermera con actitud de alguacil, se acercó. Me despertó punzando mi panza con sus largas y afiladas uñas y con su aliento a café mañanero.

—Oye, levántate, es hora del tratamiento, así que ponte la bata y vamos. Tienes que estar en ayunas.

Sentándome en el borde de la tiesa camilla, adormilado y fijé mi mirada hacia la ventana, me iba de lado.

Trataba de no dormirme. La enfermera iba perdiendo la poca paciencia que tenía.

—Robert, levanta el culo ya de esa camilla, no tenemos tiempo para tu pernicia.

Me levanté, me apretujo el brazo y nos fuimos, por ese tenebroso pasillo. Mientras íbamos en camino, recordé que habría dejado mi Discman en la maleta llena de discos encima de la camilla. Era muy tarde solo me quedaba dejarlos a la suerte y rogar que nadie más lo cogiera.

Llegamos al cuarto, me esperaba otra enfermera y el doctor Dickens, un viejo canoso, seboso y a veces hasta morboso, lo noté en la forma en que se acercaba a ellas, rozando sus gruesas y toscas manos sobre las de las enfermeras. Un ambiente hostil. Sin embargo, el tipo, a diferencia de ellas era muy cordial. Me tomó de los hombros me sentó.

—Mire hacia el frente Robert, ¿Así es que se llama usted, no?

—Si señor.

—¿Se ha tomado usted los medicamentos?

—Si señor.

— ¿Ha tenido algunas síntomas de abstinencia?. La verdad anoche aluciné mientras escuchaba música, me percaté que caí en el mismo efecto que la heroína.

El doctor Dickens liberó una carcajada.

—Señor Robert, lo que pasa es que usted ya está perdiendo la cordura, le voy a formular unas pastillas de Clonazepam para que se calme y deje de estar hablando tonterías.

Me mantuve en silencio, procedí a levantarme de la silla. Esta vez no fue tan tortuosa la terapia.

La misma enfermera me agarro del brazo y me condujo hacia el cuarto. Me preguntó si quería desayunar, desistí. La verdad estaba impaciente por volver allí y encontrar la maleta con los discos y el discman. En cuanto crucé la puerta, ella se retiró al instante. Fui directo contra la tiesa camilla, lancé por el aire las almohadas; sorpresa no estaban allí, lo más aterrador se veía venir, en el piso había una bolsa negra vacía con un olor bastante fétido a basura. Confundido decidí levantarla y en cuanto me volteé, los dientes apretujados y el rostro enfurecido de Dilts, arremetían contra mi cuello y me apretaban como cuando mi padre despescuezaba las gallinas para la cena navideña. Sus secuaces procedieron a cerrar la puerta. En ese instante solo veía sus nudillos alejándose en slowmotion y regresando como una locomotora lista para estrellarse contra el mundo.

Eso y la oscuridad de la bolsa fétida y negra son las memorias de ese nefasto día. ¿Me pregunto si en ese instante fui a donde los muertos van? O ¿Acaso probé un poco a lo que sabe la muerte? Abrí mis ojos, era yo como un recién nacido frente al mundo, confundido, indefenso y en otra camilla, esta vez más cómoda. Mi madre rozaba sus dedos en mi frente, sus ojos reflejaban el desespero por un hijo heroinómano y problemático. Por suerte la recuperación fue bastante rápida, unos hematomas aquí y allá, pero nada grave. Ella tomó la decisión de que era hora de regresar a casa. Cuando cruzamos la puerta, el aroma a hogar era todo lo que necesitaba. Las fotos de mi difunto padre y mi desastrosa pero cómoda habitación me daba la bienvenida. Prendí mi arcaico tocadiscos y la melodía frenética de los Rolling Stones entonando :“ an't get no satisfaction”. Alcanzaba paz que necesitaba. Los detalles simples de la vida. Y sí, sigo siendo un adicto, pero a la música.